

agotada la fuerza extraña que inflúa en el ánimo de la *odalisca mojigata*; de todos modos, el conflicto queda en pie, porque Pepa y León son inocentes en aquella conjuración de los falsos ideales contra la vida natural de los hombres y de la sociedad; de todos modos, el autor deja la trama de su novela en puntos bien difíciles; pero confío en su ingenio, sobre todo en su instinto evidente, que en obras anteriores le llevó siempre á soluciones acertadas.

Esperemos la tercera parte: el público la espera con gran interés, y para entonces el juicio definitivo.

No cito episodios notables de este segundo tomo; son casi todos modelos de descripción y observación en los respectivos géneros.

También hoy concluiré diciendo al ilustre novelista: ¡Adelante!

LA DESHEREDADA

PRIMERA PARTE

Después de la revolución de 1868 han aparecido en España algunas figuras literarias de excepcional valor: Echegaray, Pérez Galdós, son dos ingenios que en las respectivas esferas en que se mueven representan la revolución de la literatura y reúnen las grandes cualidades que para tal representación son necesarias. Si la gloria de Echegaray, más disputada, es también más ruidosa, débese en parte á que los triunfos del teatro tienen más aparatosa solemnidad, más resonancia; pero, en cambio, los límites de la escena encierran á Echegaray en estrecho círculo, que le impide influir más directamente y con más fuerza en las transformaciones prudentes, pero ciertas de nuestra literatura; transformaciones que son ley de su vida, y que son necesariamente, en un sentido determinado por leyes comunes á todos los elementos de la civilización. Pérez Galdós, espíritu noble y fuerte, serio, prudente, concienzudo, sin apariencias de una formalidad puramente exterior, puede y sabe y quiere trabajar con lentos, pero firmes

esfuerzos, en la obra saludable del progreso artístico. ¿Pero cabe este progreso? Sí, relativamente.

En cuanto cada tiempo necesita una manera propia, suya, exclusiva de literatura, es progreso el movimiento de las letras que las hace adaptarse á las nuevas ideas, costumbres, gustos y necesidades; es estancamiento y ruina y podredumbre el prurito del tradicionalismo irreflexivo, que invocando un patriotismo estético absurdo, se obstina en cerrar el espíritu nacional á toda influencia de las nuevas corrientes y de los países más adelantados. En absoluto, no hay progreso en literatura, si en cada tiempo se ha cultivado la propia de entonces; pero si hay progreso cuando á una época las formas de escribir que usa le vienen estrechas, no le bastan, no expresan todo el fondo de su vida. En la novela, que es la forma literaria más propia de nuestro tiempo, es donde puede mejor el ingenio grande y decidido influir para transformar una literatura que se va llenando de herrumbre, que al repetir maquinalmente formas anticuadas, va convirtiéndose en juego baladí, al que no pueden dar gran importancia los espíritus serios; Galdós, sin afiliarse á escuela determinada, sin seguir las exageraciones de la moda, sin tomar de la literatura extraña, á bulto y sin selección, formas, teorías, estética, procedimientos, tendencias, estudia con atención y desapasionado juicio la marcha de la vida artística en la parte del mundo civilizado que más entiende de estas cosas, y da la norma á la actividad intelectual de los pueblos.

Existe hoy en la literatura una tendencia que lucha con las escuelas viejas y con los enemigos peores: los amigos apasionados, irreflexivos; pero que llevando, como lleva, en su fondo, grandes elementos de adelanto, grandes verdades, va ganando terreno, y llegará á triunfar, no de la manera absoluta que sus apóstoles quieren, no sin modificar algo sus formas en su roce con los obstáculos tradicionales; esa tendencia es lo que se llama, con nombre más vago de lo que fuera bien, el naturalismo. Corresponde á similares tendencias, que existen y van predominando en filosofía, en economía, en política, en la vida entera. Es muy fácil declararse ardentísimo partidario del naturalismo, por vivir á la moda; pero es más fácil todavía condenarlo y hacer burla de sus doctrinas y de sus corifeos, publicando milésimas ediciones de los chistes idealistas de Valbert, de Brunetiere ó de Pierre Veron contra Zola y sus libros. Sin seguir las exageraciones teóricas, y menos las prácticas de este autor, Galdós ha estudiado imparcialmente la cuestión y ha decidido, para bien de las letras españolas, seguir en gran parte los procedimientos y atender á los propósitos de ese naturalismo tan calumniado como mal comprendido y ligeramente examinado. ¡Exige tan poco trabajo el citar cuatro ó cinco aforismos de estética dogmática, trasnochada, con los que *a priori*, y como en nombre de Roma, se condena el naturalismo y todas sus producciones! Pero estudiando la vida de nuestros días, las tendencias del gusto, la diferencia del arte actual, las necesidades del

espíritu moderno, se llega á transigir con la nueva escuela, si no con sus exageraciones; y sin renegar del glorioso pasado, se llega á comprender que hoy la literatura, para no estancarse, para no hacerse juego pueril, necesita seguir nuevos rumbos, aspirar á algo más de lo que cumplió hasta ahora. ¡Cuánto se reirán de esto los eternos escoliastas de Virgilio y Horacio, que ponen comentarios á los viejos comentarios, que es como poner miel sobre hojuelas! ¡Solo se puede comparar lo que se reirán de nosotros á lo que nosotros nos reimos de ellos! En los *Episodios nacionales* aparece ya, quizá allí menos reflexiva, la tendencia presente de Galdós; pero en *Gloria*, en *Doña Perfecta*, en *Marianela* y en *León Roch*, en *Gloria* y en *Marianela*, sobre todo, nuestro novelista sigue distinto camino y parece que vuelve á la novela idealista, filosófica, que crea tipos, aunque verosímiles y naturales, simbólicos, con una acción determinada también por un fin que responde á una tesis. Nadie ha aplaudido más que yo esas novelas de Galdós. *Gloria*, la más idealista, la más popular, es para mí, como composición de ese género, un dechado; pero se puede admitir belleza en una manera de arte y preferir otra; así, por ejemplo, para mí *Los Miserables* son como una biblia del siglo XIX; amo ese libro como se ama la virtud, como se ama el hogar honrado, como se ama la conciencia pura; pero reconozco que otros son los caminos que á la novela del día convienen. Por esto considero que debe ser bendito y alabado el cambio que ha sufrido Galdós en su última no-

vela *La Desheredada*, cuya primera parte acabo de leer, y me ha hecho ver bien claro que muchas de las doctrinas del naturalismo las ha tenido por buenas el autor y ha escrito según ellas y según los ejemplos de los naturalistas. Una de las cosas de que más se han reído muchos críticos franceses, y después algunos revisteros españoles (tan conocedores del naturalismo como de las doctrinas secretas de Pitágoras), es la sencillez de la acción en la novela naturalista. Falta de invención, se ha gritado, sin ver que acusaban en esto de falta de invención al autor de *Cœur simple*, y lo que aún es más grave, al autor de *Eugenie Grandet*. Esa sencillez, que algunos autores han llevado al extremo, por ejemplo: León Hennique, en *Devouée*; Huysmans, en *Soeurs Vatar* y otras novelas; Paul Alexis, en *Les Femmes du Père Lefèvre*. *Journal de M. Mure*; el italiano Capuana, en varias novelitas publicadas recientemente; esa sencillez es, en rigor, clásica, y en vez de burlas merece aplausos cuando no acusa pobreza de ingenio, sino profundidad de observación y acierto en el asunto, que en forma breve, de nada complicadas apariencias, es expresión de mucha vida. La primera parte de *La Desheredada*, que llena 252 páginas de mucha lectura, es un ejemplo nuevo de esa sencillez tan sin motivo censurada: todo se reduce á que Isidora Rufete, que se cree hija da Virginia de Aransis, pretende que su estado civil sea reconocido y con él se le entreguen las propiedades del marquesado de Aransis. Con esto le basta al autor para estudiar los estragos del

orgullo aguijoneado por la miseria y por las sugerencias de una fantasía exaltada.

Como *Cœur simple* no es más que la historia de un espíritu nacido para el sacrificio y la abnegación; como *Eugenie Grandet* no es más que la historia de un avaro y su víctima; como *Madame Bovary* no es más que la historia de la concupiscencia de una mujer que sueña desde un rincón de una provincia; como la *Curèe* no es más que los estragos de la molicie en el espíritu de una mujer que nació burguesa y se ve convertida en cortesana. . . , así la primera parte de *La Desheredada* no es más que la historia del orgullo de una joven pobre, soñadora, que lucha por el pan de cada día y ambiciona palacios encantados; que se cree nacida para lucir lujosos trenes y pisa el lodo de las calles con botas desvencijadas y rotas: Galdós ha llevado la acción de su novela á la vida de las clases bajas de nuestro pueblo, y en esto también ha procedido como los autores naturalistas. El pueblo que se pinta en *La Desheredada* no es aquel pueblo inverosímil, de guardarropía, de las novelas cursis, que tanto tiempo hicieron estragos en parte del público: es claro que eso no podía ser; pero tampoco es el pueblo idealizado de las novelas socialistas de Sué; en éstas, y en las de otros autores que siguieron á tan notable escritor, las clases últimas (ya que así se llama) aparecen en fantásticas proporciones; allí el dolor que sufren está desfigurado; allí sus virtudes transformadas en hiperbólicas alabanzas; son héroes de heroísmo fabuloso; se cree que, para que tenga el pueblo que su-

fre derecho á una reparación, se necesita exagerar sus penas y exagerar sus buenas cualidades; el naturalismo lo ha entendido de otro modo, y Galdós, en este punto, le sigue fielmente y con admirable acierto. El pueblo del segundo imperio para Zola, especialmente el pueblo de París, no puede ser aquel bonachón, heroico, virtuosísimo populacho de los melodramas y de las novelas de bandidos; para Galdós, el pueblo bajo de nuestra capital tampoco es el que los Escrich y otros autores así fingieron; para Galdós, como para Zola, la mayor miseria del pueblo, de la plebe, para que nos entendamos, es su podredumbre moral, y á lo primero á que hay que atender es á salvar su espíritu.

Para esto no hay mejor medio que pintar su estado moral tal como es: junto á la miseria del cuerpo, la del alma; junto á los harapos del vestido, junto á los miasmas de la pocilga que sirve de vivienda, los andrajos de los vicios, las emanaciones de esa concupiscencia especial del tugurio, que parece una peste que nace en cuanto hay un montón de seres humanos que se codean en la miseria; Galdós, observador atento y exactísimo en la expresión de lo que observa, nos lleva en *La Desheredada* á las miserables guaridas de ese pueblo que tanto tiempo se creyó indigno de figurar en obra artística alguna. Lo que no hace Galdós en la pintura rigurosamente verdadera de estos lugares tristes, de estos personajes tan dignos de estudio y de lástima, es manchar las páginas de su libro con palabras indecorosas; fuera de esto, se atreve á todo, y por ello merece mil plácemes.

Es la primera vez que un novelista de los buenos habla de este Madrid pobre, fétido, hambriento y humillado, que por una parte toca en la barbarie y en todas sus aberraciones y por otra en la decadencia pestilencial de los pueblos viejos, cansados, de refinada cultura. Ese Madrid que en *La Desheredada* se nos presenta á veces, por un lado, resto de una raza africana, llena de pasiones fuertes, feroces, es, por otro lado, ese basurero que necesita toda gran capital moderna. Y Galdós, con gran habilidad y con oportunísimo propósito, nos pinta esa degradación, esa miseria en donde más repugna, en donde más triste espectáculo ofrece... en la infancia, «Pecado», «Zarapicos», «Colilla» y sus huestes de pilluelos, angelitos cínicos, carne de presidio, están presentados con elocuente realidad; aquellas escenas, que al distraído pueden parecerle de pueril entretenimiento, sugieren reflexiones tristísimas, amargos sentimientos.

Otro aspecto de la miseria que en *La Desheredada* está profundamente estudiado y maravillosamente descrito es la miseria disimulada que, por faltarle todo, hasta le falta la compasión del prójimo; esa miseria que es cómica á primera vista, pero que, si bien se atiende y reflexiona, es la más terrible, porque añade á las privaciones que sufre el cuerpo las de la fantasía, siempre engañada. Esta clase de miseria alcanza á muchas clases, aun á las que llamamos acomodadas: el afán de parecer más de lo que se es, engendra en nuestra sociedad una miseria que es casi universal; este es, en definitiva, el asunto de *La Desheredada*; pero

no puedo hoy detenerme á considerar este total aspecto de la novela, porque el momento oportuno será cuando toda la obra se haya publicado. Gran maestro ha sido siempre Galdós en el arte del diálogo; siempre ha sabido dar á cada personaje el estilo propio de su carácter y de su estado; pero ahora que las dificultades en este punto eran mayores, el esfuerzo para vencerlas ha hecho al ilustre novelista extremar su habilidad. ¡Cómo habla la «Sanguijuelera»! ¡Cómo habla «Pecado»! ¡Cómo habla «Miquis»! ¡Cómo habla «Relimpio»! Si yo escribiera este artículo con el objeto especial de alabar á Galdós, ¡aquí si que el incienso debería gastarse á puñados!

Otro procedimiento que usa Galdós, y ahora con más acierto y empeño que nunca, es el que han empleado Flaubert y Zola con éxito muy bueno, á saber: sustituir las reflexiones que el autor suele hacer por su cuenta respecto de la situación de un personaje, con las reflexiones del personaje mismo, empleando su propio estilo, pero no á guisa de monólogo, sino como si el autor estuviera dentro del personaje mismo y la novela se fuera haciendo dentro del cerebro de éste. En el capítulo del insomnio de Teodora hay un modelo de esta manera de desarrollar el carácter y la acción de una novela. Sólo puede compararse á este subterráneo hablar de una conciencia, lo que en el mismo género ha escrito Zola en *L'Assomoir*, para hacernos conocer el espíritu de Gervasia.

Y concluyo, aunque en rigor apenas si he empezado; pero mi objeto no es hoy el examen de

una novela que aún está á la mitad; el juicio completo, definitivo, debe quedar para cuando la obra se conozca en su conjunto. Aquí sólo me he propuesto notar la tendencia naturalista, en el buen sentido de la palabra, de la última obra de Galdós; tendencia que yo aplaudo, porque estimo que, bien interpretada, la teoría del naturalismo lleva la mejor parte en la lucha de las escuelas, y sobre todo en la práctica del arte. Es claro que en Galdós ese naturalismo no puede ser servil imitación, sino original manera; y, en efecto, como veremos el día que se trate de esta novela más despacio, lleva en ella el naturalismo un sello singular, el de la personalidad de su autor, quizá el novelista de más equilibradas facultades, menos amanerado, más parsimónico y prudente entre cuantos grandes novelistas hoy trabajan en la transformación lenta, pero infalible, de la literatura contemporánea.

SEGUNDA PARTE

Escandalícense, porque es bien que se escandalicen ahora los críticos meticulosos, partidarios del *limitez vous*, de que habla Víctor Hugo. Esta es ocasión de probar este exquisito gusto traducido del francés, y que consiste en no ver más belleza que la que puede sacarse de lo lindo, de lo atusado y aromático; ¡Galdós se ha echado en la

corriente; ha publicado su programa de literatura incendiaria, su programa de naturalista; ha escrito en quinientas siete páginas la historia de una prostituta! Excomulguémosle, porque es bien que le excomulguemos. Digo más, y digo con Santo Tomás: *Juste occidi*.—¡Que muera!

Y si el silencio fuese la muerte para el ingenio, para la fama del que ha de vivir en sus obras mucho más de lo que puede durar esta generación hipócrita y sin gusto, bien muerto estaría Galdós, ó por lo menos *La Desheredada*. ¿Saben ustedes algo de lo que ha dicho la crítica acerca de *La Desheredada*? ¿Han escrito los periódicos populares, con motivo de este libro, artículos de sensación, de los que tienen un titulejo ó rótulo especial para cada párrafo? Nada; el silencio. Yo he leído entre tanto cincuenta bombos de los mapas geográfico-estadístico-pedagógicos de Vallín y Bustillo; setenta reclamos de *Figuras y figuras*; mil encomios de la obra que tiene emprendida el Sr. Novo..., pero nadie ha dicho á *La Desheredada*, por ahí te pudras. Y no es que falten críticos amantes de la Naturaleza, y en el Arte, partidarios de la bandolina y las navajas de afeitar, ¡no! Es que no saben cómo diablos decir eso que les anda por los sesos, por los grandísimos y bien ordenados sesos que tienen.

Si esto no fuera, ¿qué mejor ocasión para demostrar, con motivo de una novela, el pudoroso y casto amor á las instituciones, al orden establecido, á la religión de nuestros padres y á la moral de nuestros abuelos? ¿Pues no ha caído Galdós

aquel prudente autor de novelas, que sólo parecían inmorales á los neos, no ha caído y no se ha abismado en la podredumbre naturalista, siguiéndole los pasos, los malos pasos á una mujer entretenida primero (como decía alguno de esos críticos), y encenegada después en todas las hediondas letrinas del vicio miserable?

Supongamos por un momento que el Sr. D. Carlos M. Perier, director de la *Defensa de la Sociedad* (en competencia con el benemérito Cuerpo de la Guardia civil) fuese crítico; pues sería necesario suponer acto continuo un artículo lleno de postemas sociales, miasmas pestilenciales, gangrenas, virus venenosos, influencias deletéreas, descomposiciones orgánicas y otras suciedades, como dicen los diputados nuevos hablando de las actas.

Pero ni el Sr. Perier es crítico, ni los críticos son el Sr. Perier; quiero decir, que no son osados á defender contra los ataques de Galdós á la sociedad. En nuestra literatura va reinando el silencio de las tumbas. Ya ni el escándalo hace ruido. Ya no hace ruido más que la política. Si el señor Galdós, en vez de escribir antes de ésta unas treinta novelas excelentes, las mejores que se han escrito en España en este siglo, hubiese escrito una comedia mediana, otra buena y otra mala, y en seguida se hubiese pasado al duque de la Torre, y después á Cánovas, y después á Sagasta, ó al diablo en persona; si se hubiese hecho político, otra crítica le cantara, y entonces vería que escribir él cuatro renglones y pasarse la Prensa entera de admiración y entusiasmo, era cosa de

un momento. ¿Pues no sabe el Sr. Galdós que hay una como ley de empleados que se aplica á la literatura?

¿Ha sido consejero de Estado Galdós? No. ¿Ha tenido alguna dirección *in partibus infidelium*? No. ¿Es Galdós jefe superior de administración? No. Pues entonces, ¿por qué escribe novelas?, ¿cómo ha de dársele el título de celebridad si no está en condiciones legales? Tuviera, á lo menos, cuatro mil duros de renta, ó la ventaja inapreciable de ser obispo, y hablaríamos... Ello es que, aunque el público no lo sepa á estas horas por los periódicos, Galdós ha escrito una novela digna de llamar la atención, no sólo por su mérito intrínseco, sino porque acusa una revolución como se quiere ahora que se diga... en el ingenio de este escritor notable. Galdós ha llegado á la madurez de su talento, y por fin comenzá á realizar lo que hace años había proyectado, aplazando su cumplimiento para el día en que estuviesen bien ejercitadas sus fuerzas y juntos los materiales necesarios.

En la segunda parte de *La Desheredada* se manifiesta, como era de esperar, la misma tendencia y el mismo procedimiento que en la primera, y con más claras pruebas de la intencionalidad del autor. Nada de servil imitación, que no cabe en ingenios de primer orden como el de que se trata; pero mucho de prudente atención á lo que enseñó la experiencia literaria á los que primero y mejor han visto la reforma conveniente á los procedimientos artísticos.

Comenzaré por lo que suelo dejar para lo último: el estilo. En este elemento de gran importancia en cualquier cosa; pero nunca como en este empeño de restituir el arte á la realidad.

Grandes peligros ofrece en España el atrevimiento de romper con el estilo convencional y artificioso, de recepción oficial, de paraninfo, que pasa aquí, para los más, como el único castizo, correcto, noble y elegante.

Hay muchos escritores que se burlan de la Academia para decir impunemente sus barbarismos y solecismos; pero son pocos los que en vez de menospreciar la Gramática, menosprecian la falsa oratoria de un lenguaje arcaico y de relumbrón. Si en toda clase de escritos la falta de naturalidad y sencillez es deplorable, como en ningún otro género lo es en la novela. Pero en ésta, además se exige que cada personaje emplee el estilo y lenguaje propios de su estado y carácter, regla á que muy pocas veces han atendido nuestros modernos novelistas. Galdós es maestro en este difícil arte de hacer hablar á cada cual como debe; pero en *La Desheredada* ha llevado su habilidad tan lejos, que casi puede decirse que es éste el principal mérito de la obra.

Los personajes le comprometían á intentar una copia fiel del lenguaje más humilde y menos casto; las groseras é insignificantes expresiones de Gaitica, Pecado, la Sanguijuelera, y tantos otros actores de este drama, no podían ser traducidos, sin mengua de la verdad, al lenguaje culto de las personas decentes: Galdós se ha aventurado y ha

pasado la mar. ¡Ah, si las novelas se leyeran en el teatro, Galdós hubiera sentido, como un día lo sintió Echegaray, el peso de la indignada moralidad pública! Gaitica, ruletero, empresario de «ganchos», peor que presidiario, habla el lenguaje de ese pueblo bajo, embrutecido, como parte de nuestra nobleza, por los toros y la vida flamenca; Galdós ha encontrado la manera de no empeñar el candor del castísimo bulto de los lectores timoratos, y, sin embargo, transcribir las palabras de la hez del populacho. En el corte de las cláusulas y párrafos, en la libertad de giros y palabras, aun cuando hable el autor por propia cuenta, se ve que Galdós está ducidido á ser un escandaloso en nuestra literatura, á romper con obstáculos tradicionales y á escribir novelas como se escriben hace tiempo por algunos más allá de los Pirineos. Tenemos la seguridad de que Galdós no llegará nunca á los extremos lamentables á que han llegado otros, porque nuestro gran novelista es prudente, reflexiona y no tiene pruritos literarios, que son la perdición de las escuelas. El lector idealista, á quien supongo pasmado de indignación ante el lenguaje de Gaitica y de Isidora en su noviciado de prostitución, es muy posible que tache también al novelista por su poca invención y por falta de arte para componer.

¿Qué argumento es éste? ¡Qué pobre y qué poco enredado y desenredado! Y es verdad. Yo recuerdo que la retórica enseña que el drama, el poema, la novela deben tener exposición, nudo y desenlace; es decir, que en la obra de arte, cuando

llega á estos géneros de superior interés, debe haber una madeja que por fuerza ha de enredarse para que después el autor se dé el placer de suplantar á la Providencia y deshacer el enredo. De otra suerte, «lo que tú atares en la tierra, atado será en el cielo, y lo que desatares...», etc.

¡Y en *La Desheredada* no hay nada de estol. Es la historia de una muchacha que, por culpa suya, de su mala educación y del mundo, llega á la degradación última en vez de subir á la nobleza á que se creyó llamada por voces de la sangre. De paso, el autor nos presenta el cuadro general de una sociedad, muy parecida á la nuestra, en que el arroyo quiere ser Guadalquivir, y el Guadalquivir ser mar; y como todo el mundo aspira al empleo inmediato superior, resulta un conjunto de trampas, miserias y bajezas que al lector idealista no le agradan, porque eso no eleva el espíritu, ni recrea el ánimo, ni cumple con aquello de

*Omne dulit punctum, qui miscuit utile dulci,
lectorem delectando pariterque monendo.*

Y, á pesar de todo, la novela, si quiere ser imitación de la vida real, en lo que convenimos todos, necesita no tener esos artificiosos nudos y desenlaces, que pueden demostrar mucho ingenio (como en otra esfera lo demuestran los acrósticos), pero que no son esenciales, ni convenientes siquiera, en la obra que tienen por objeto representar con propiedad y exactitud el movimiento de los sucesos sociales. La composición de *La*

Desheredada es peor que la de *Gloria*, *Doña Perfecta*, etc., si se adopta el criterio que ha hecho de *El tanto por ciento*, la mejor obra de Ayala; pero si se prefiere recordar que en el mundo, del choque y enlace de los sucesos, de las pasiones y de cuanto influye en la vida no nacen dramas bien compuestos, ni novelas acabadas y cerradas sobre sí mismas, como dice el *Boletín Oficial*, tratando de heredades; si se quiere comprender que la verdad de la narración exige no poner puertas al campo, ni desfigurar la trama de la vida con engañosas combinaciones de sucesos simétricos, de felices casualidades, entonces se admira en *La Desheredada* la perfecta composición que da á cada suceso sus antecedentes y consecuencias naturales, pasando allí todo como en el mundo pícaro, donde se supone que todo aquello acontece. La acción de esta novela no se complica y desenlaza; la vida de Isidora, como la de Don Quijote, como la de Gil Blas, no depende de una de esas crisis providenciales del teatro, en que bastan veinticuatro horas, una sala decentemente amueblada y cuatro personajes para resolver, en una especie de microcosmos, del destino del protagonista y de cuanto el autor crió. En Isidora y en su suerte influyen el propio carácter, el medio en que vive... y además los sucesos anónimos, no preparados por nadie, traídos por la marea de la vida, que son parte muy principal en el destino de todos los hombres. Por eso Joaquín, Sánchez, Botin Bou, Gaitica, Melchor, los amantes de Isidora, se presentan cuando la suerte quiere, es de

cir, sin saber nadie por qué, como sucede en el mundo, y se van y dejan de tomar cartas en el asunto cuando es natural que así suceda; con esto no es posible ese sabio engranaje de ruedas que tanto deleita en muchas novelas y dramas al curioso lector.

¡Qué dicha es ver en la escena final á todos los actores que intervienen en una obra, cogidos de las manos, y no menos entrelazados por el arte del poeta que sabe hacer solidaria la suerte de todos ellos!

Pero este placer no es posible gozarlo en *La Desheredada*, que empieza como quiere, y en realidad no concluye.

— ¡Qué detestable composición!—grita el lector idealista.— ¡Vea usted! como la del mundo, que en efecto está muy mal compuesto; á los sucesos de la vida nadie puede oponer el *non plus ultra*; y en las novelas que se parecen algo á esos sucesos, pasa lo mismo: falta el marco del cuadro; no hay límites; la novela no termina; se pierde en el resto de la vida, en que se supone que existe todo aquello.

Respecto del estudio principal de carácter de este libro, que es el de Isidora, Galdós no se ha concretado á trabajar abstractamente como psicólogo. Como dice bien un eminente crítico, aunque á otro le parezca mal, el hombre no es sólo su cabeza, y para estudiar á un ser vivo, social, y seguir sus pasos, no basta el análisis abstracto de sus pensamientos y voliciones; es preciso verle en la realidad, moviéndose en el natural ambiente, y

sólo así se le conoce, y sólo así se refleja lo que deja ver la realidad. Yo lo he dicho muchas veces; no basta el estudio exacto, sabio, de un carácter, si no se le hace vivir entre las circunstancias que naturalmente deben rodearle; Galdós en esto también ha trabajado en el sentido que aconseja el naturalismo. Isidora no es el tipo de la mujer que se pierde por el orgullo, por la concupiscencia del placer y la molicie, por los ensueños vanos; es una mujer de carne y hueso, que tiene todos esos vicios y defectos, y que se pierde por ellos, lo cual es muy diferente.

Necesito concluir, aunque dejo sin tocar muchos puntos de reflexión que sugiere la materia que trato.

Para muchos, *La Desheredada* no será ni con mucho la mejor novela de Galdós; yo, sin comparar el mérito intrínseco de esta obra con el de otras muy celebradas del mismo autor, creo que, por la nueva intención, por el acierto en el desempeño, y por lo que anuncia en lo porvenir de nuestras letras, es *La Desheredada* novela que nada tiene que envidiar á obra alguna de cuantas ha escrito su autor insigne.